

Porque á ingratos ningun castigo es grande.

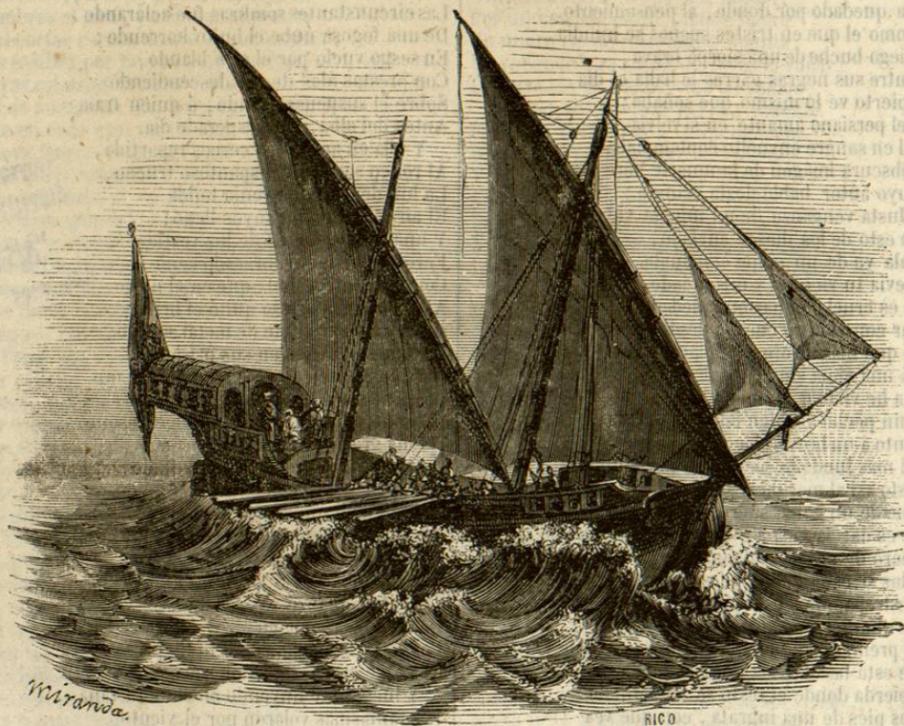
Mágicos cercos de la Hada Alcina,
Al encantado carro dieron vuelo,
Y allí apremiado de la ingrata china
En silla ardiente el corazón de yelo:
O sea al persiano rey dar medicina,
O de la Hada cuidadoso celo
De su leonés, y el riesgo que corría
En la angélica dulce compañía.

Que era en trato y beldad tan poderosa,
Y así eficaz en un sabroso engaño,
Que nadie la vió a fable, ó desdeñosa,
Que libre se escapase de su daño:
Después diré de la carroza hermosa
Y su celestial robo el curso extraño,
Que es largo aquí tan dilatado cuento,
Y corto á ingratitud cualquier tormento.

El persa rey, á quien la Hada en vano
Para sanarlo le quitó la vida,
Quedó cual sin sus flores el verano,
La esperanza también en flor perdida:
Sin alma, que en el carro soberano
A la belleza fue del robo asida,
Y él en el ciego caso no pensado,
Cual con hora menguada hombre atajado.

Las manos con mortal dolor torcía,
Y al riguroso cielo levantadas,
«Si allá algún dios, con lágrimas decía,
La cuenta toca de almas desdichadas,
De las injustas penas de la mía,
¡Cómo, estrellas, voláis tan descuidadas!
Y tú, muerte, que el gusto en hiel convertes,
¡Cuando con una acabarás mil muertes!

Ligero tiempo, que cual libre flecha
Del mundo haces correr el curso blando,
Veloces días de medida estrecha,



Ni adverso azar que un alma desanime.
De tus gustos no temas, que si el viento
No con fantasmas me engañó aparentes;
Y en sueño vano, y loco fingimiento,

Ruedas que el bien y el mal vais devanando;

Y tú, mi gloria, que á su corte hecha
Por el aire deshecha vas volando,
¿Cuándo dareis la vuelta á mis ojos,
Y volverán á ver su luz mis ojos?

Mas ya que el ofendido cielo ha sido
Quien en venganza de mi loco intento
La robada beldad habrá traído
La vez segunda al triste altar sangriento,
Y de la infeliz Creta el encendido
Fuego abrasa á vueltas mi contento,
Dando al cuchillo sin poder varella
El blanco cuello de mi imagen bella;

Si á peso del dolor se da el contento,
Si al peso de los bienes dan los males,
Si á breve bien pequeño sentimiento,
Si á pérdida mayor penas iguales;
Conózcase por esto mi tormento,
Que soy quien perdió bienes celestiales,
Y granjeó por un regalo tierno
De vida celestial muerte de infierno.»

Dijo, y en la experiencia de su daño
Concluyó que era falta de ventura,
Basa en que estriba el laberinto extraño
Del intricado error de su locura:
Mas del amor el deleitoso engaño
Con nuevas esperanzas le asegura,
Que aunque dudosa y larga medicina,
Las postas son en que el deseo camina,

Y el gallardo español con el recelo
De que tan noble Rey sin culpa muera,
Así le dice, y da por mas consuelo
De su venida relacion entera:

«Si por la cuenta y cómputos del cielo
La nuestra viene á ser mas verdadera,
No hay porque un golpe tanto te lastime,

El tiempo á conocer me dió á tus gentes:
Del grave riesgo de ese altar sangriento,
Y el cuchillo que así en el alma sientes,
Libre tu dama la conserva el cielo,

O en tronos de oro allá, ó acá en el suelo.

La noche ya en el denegrido Oriente
Sus cortinas de luto desdoblaba,
Y el torpe nudo á la cansada gente
Los lazos del cuidado desataba;
Y en ocio los sentidos blandamente
Con dulce delirar encadenaba.
Cuando mi cuerpo sobre un verde prado
En su nudo también quedó ligado.

Y no tan presto por la sombra vana
El alma á su quietud voló sabrosa,
Cuando la bella imagen soberana
Mis ojos vieron de tu ingrata diosa;
Y en grave presuncion, y en pompa ufana,
Mas que en el tierno Oriente el alba hermosa,
A mí se vino, y con semblante amigo,
«Ven á librar mi honor de su enemigo.»

Dijo, y dando la vuelta con sereno
Rostro, vestida de una luz rosada,
De olor dejó divino el aire lleno,
Y el resplandor mi vista deslumbrada:
Y ella subida al estrellado seno,
De una vislumbre celestial bañada,
Mi atenta vista, tras su presto vuelo,
Aquella estrella mas contó en el cielo.

Estas armas despierto vi á mi lado,
Y el pequeño batel en que venía,
Donde sin ver por quien me hallé embarcado,
Tras el deseo de ver lo que antes via;
Y el barco por sí mismo gobernado
Aun que iba volando parecía,
Hasta el bordo real deste navío,
Donde en entrando en él vi hundirse el mio.

Pues si del mundo el superior gobierno
Aquí me trajo en tan sabroso engaño,
Y á librar de tu fuerza el hulto tierno
El fin guió de mi viaje extraño,
La oculta traza del saber eterno,
Ni por el suyo fue ni por tu daño,
Que para haberle de quitar la vida,
Superflua hubiera sido mi venida.»

Dijo, y por el Oriente el alba helada
Falta salía de luz y de alegría,
La mar aunque sin viento alborotada
Con sordas olas el galeon batía
En huecos tumbos de cristal preñada;
Y cuando á veces sin pensar venía
Un tardo viento que en las velas daba,
Mayor tristeza y soledad causaba.

El deseado sol turbio encogido
A sembrar comenzó lumbre al Oriente,
Entre negros celages escondido
De su ancho rostro de oro el rayo ardiente:
Y el ronco son de un áspero gemido
Suena en la nao, y su afligida gente,
Que donde al gusto huye la alegría,
Así amanece el sol, y nace el día.

ALEGORIA.

En la prision de Malgesí se muestran los grandes daños que se siguen de perder una ocasion; y el quedar colgado de un árbol al tormento de los espíritus, el remordimiento que queda de haber perdido por descuido la ocasion, y las varias congojas que al hombre contemplativo siguen en la vida activa fuera de su quietud.

Los demonios, que tratan de destruir á España, muestran la insaciable sed que tienen de nuestra perdicion, y con que gusto y facilidad la harian, si el freno de la potencia divina no los detuviere, significada por el Angel Custodio de España, que descubre cuan cortas fuerzas son las del infierno para ofender á los que el cielo tiene por amigos.

En Bernardo, que guiado de un cometa se entra en un barquillo encantado, que le lleva donde Orimandro le arma caballero, se muestra que al varon obediente que sin reparar en inconvenientes, de veras se pone á

seguir las inspiraciones del cielo, él tiene cuidado de sacarle victorioso y honrado de las mismas ocasiones en que le pone.

Por Orimandro, que sale vencido y lastimado en la honra y el cuerpo, se ve como el vicio todo lo lastima y afea. Y Angélica robada en un carro de fuego, es el pensamiento amoroso de un amante, que volando navega sin saber adonde, y jamás tiene hora de reposo.

LIBRO QUINTO.

ARGUMENTO. Huye Garilo á Francia, donde encuentra á Orlando y otros paladines. Ferraguto libra á Argina de un salteador, y ella le cuenta el martirio de las dos santas Nunilo y Alodia, libra también á Auchall, esposo de Argina, y ambos mueren cristianos. Encuéntrase con Yucef, tío de Galiana, y por relacion se enamora della, y al margen de una fuente ve en sueños su hermosura, y la de sus famosos palacios. Pintase al fin del libro el consejo de guerra del rey Casto.

En tanto el francés campo de Girona,
Rendida la ciudad, salía marchando
Por las ásperas sierras de Narbona
A gozar de Gascuña el aire blando:
Y ya el real asentado en Carasona,
Por su deleite el valeroso Orlando
A correr las fronteras de la tierra
En vez salió y en hábito de guerra.

Con él el duque Maimo de Pavía
Don Silverio de Fox, Dardin Dardená,
Sansón, duque y marqués de Picardía,
Alberto, rey pretense de Sansueña,
Con otra ilustre y grave compañía,
La honra del campo y flor de su reseña,
Que al castillo caminan no distante,
Que un tiempo por Rugero labró Atlante.

Era vulgar rumor que entre las breñas
Del hinchado Pomier suben en vuelo
Del roto muro las gastadas señas
A dar escalas con su frente al cielo,
Donde del Mago anciano no pequeñas
Grandezas goza el enricado suelo,
Y á ver las de su ejército triunfante
En tropa alegre va el señor de Anglante.

En placenteras fábulas sabrosas
De sucesos de campo y montería,
Olvidados de aquellas peligrosas
Vueltas que al mejor tiempo el tiempo envía:
Al dar fin á las cumbres deleitosas,
Con que un monte de flores se vestía,
Dos muertos hombres, y otros seis huyendo,
Del viaje suspendieron el estruendo.

Otro que tras los pasos perezosos
Y huellas de un cargado dromedario,
Por entre árboles va en pasos medrosos,
Con sus regates revoltoso y vario;
Viendo de los franceses belicosos
El escuadron á su intencion contrario,
Con astucia sagaz, y maña aguda,
A pedirles llegó fingida ayuda.

Es desta ocasion bella el nuevo caso
Florido ramo de mi heroica historia,
Por grave azar, que el amagado paso
Suspendir pudo de su gran victoria.
Diez lunas volvió á Francia el campo escaso
De gente esta ocasion, esta su gloria
A España suspendió, por tantos meses
Su venida alargaron los franceses.

Tantos la rica sala del tesoro
Detenidos los dió cercos dorados,
Y entre la sed, y la virtud del oro,
En dulce suspension embelesados:
La ardiente hambre del metal sonoro,
Con su vislumbre mágica trocados
Los dió en mudar estatuas, hasta tanto

Que un muerto bulto destruyó su encanto.

Y hasta ver libres los cautivos pechos
De la avarienta sala, el campo junto,
La famosa jornada, y sus pertrechos,
Por un zodiaco entero hicieron punto:
La culta causa de tan altos hechos,
Delgada raíz deste ahora nuevo asunto
De aquí se ocasionó, esta humilde fuente
Largo curso añadió al de su corriente.

Garilo, ya que el infeliz suceso
De la obscura traición del bosque opaco,
Contra su lealtad dió largo proceso,
Y culpas al descuido de Filarco,
El rey ya libre, y el contrario preso,
Por el río Ezla se salvó en un barco,
A pesar de quien quiso en aquel caso
Por vengar su traición tomarle el paso:

Salvóse al fin, y á guarecer la vida
En sus trazas juzgó por mas seguro
Hacer á Mahamut de su huida
Forzosa causa, y de su amparo el muro:
Contando el que á su gente mal regida
Del río Parque dió en el cerco obscuro,
Pero nueva tan triste no podía
Ser con ningún afeite de alegría.

Recibió el moro con semblante acedo
La mala relación, y al que fue á dalla,
Que el traidor siempre enfada, y siempre el miedo
Da al falso corazón triste batalla:
Quedó atajado, mas con nuevo enredo
Dorar quiso la culpa, ó remendalla,
Y hacer de nuevo con su antiguo oficio
Si puede á su ofendido rey propicio.

Descubrió en los del bando sarracino
Animos llenos de encubierta saña,
Que siempre entre traidores el mas fino
Amor nace sembrado de zizaña:
Creó por ese paso abrir camino
A una nueva traición, cuya maraña
Al andaluz dejase sin la vida,
Y á él su leal opinión restituida.

Comenzó alevé el infeliz contrato,
Metiendo incauta prenda en el que urdia.
Mas faltó discreción, faltó el recato
Que el grave caso y su ocasión pedía:
Y descubierto el encubierto trato,
Garilo huyó, huyó su compañía,
Pagando todos la traición urdida,
O con culpable ausencia, ó con la vida.

El falso entablador del traidor juego,
Con los que guarecer del riesgo pudo,
De la noche huyó por lo mas ciego,
Al dulce amparo del silencio mudo:
Llegan á Ribadeo, y pasan luego
En hombros de cristal su cerro agudo,
Y en su pequeño golfo al franco suelo
Remos y velas dan entre agua y cielo.

A vista de Bayona, y su ancha playa,
Libres pasaron sin tocar en ella,
Y de Belne la costa, y corva raya,
Que con sus espumosas olas mella:
El Curiano monte, que atalaya
Del frío Garona la ribera bella,
Pasando á Bordeaux con agua viva,
Y hasta cerca de Argen el río arriba.

De allí hácia Lenguaudoc la tierra adentro
La quietud saltaron del camino,
Hasta un antiguo bosque, que al encuentro
De Pomier y Tarascon les vino:
En cuyo verde y escondido centro
Las ruinas hay de un muro peregrino,
Que un tiempo fue ya célebre morada,
Jardín de un rey, y casa de una Hada.

Después que en Salabres la hada Morgana
Al rey Artus su hermano vió perdida,

Y el destrozado campo en la inhumana
Victoria entre un sangriento río ceñido,
Por el hondo Garona en pompa ufana
Aquí al vencido rey trajo escondido,
Donde al mundo quedase con su ayuda
La fama de su vida y muerte en duda.

Allí encantado, ó sin encanto muerto,
Si vive, ó sino vive, está encantado,
Sin que la causa de quedar desierto
El castillo hasta ahora se haya hallado:
Si ya del desamparo no es lo cierto
De la Hada rica el natural enfado
Contra Orlando, por quien del suelo franco
Su real jardín mudó al del lago blanco.

Y porque al viento el arruinado muro
Con sombras tiñe de apariencias vanas,
Del bosque horrible, y del castillo oscuro,
Las gentes todas huyen comarcanas:
Aquí Garilo y su escuadron seguro
De asombros se amparó, y por las cercanías
Aldeas y caminos plata y cobre
Al rico quita, y la esclavina al pobre.

No lejos de aquel bosque hay un castillo,
Guarida de otras gentes de su trato,
Que al catalán hicieron su caudillo,
Y á riesgo y á ganancia fiel contrato:
De estos eran los seis que entre el tomillo
Y árboles de Pomier sacó el rebato,
Huyendo por sus ásperos confines
De los ya descubiertos paladines.

Y el que tras el cargado dromedario
Con revoltosas vueltas discurría
El astuto Garilo, del volitario
Escuadron falsa y cautelosa guía:
Que por aquel desierto solitario,
En cuidadosa y encubierta espía
Los dos muertos siguió, y en la ancha senda
Vidas á un tiempo les quitó y hacienda.

Huyeron los demás, y él con sosiego
Intrépido al francés escuadron vino,
A quien de deslumbrado volvió ciego
De su astucia un engaño repentino:
Con humilde pidiendo y sagaz ruego
En el riesgo le amparó del camino,
De aquella escuadra, cuyo brazo fuerte
Por robar sus amigos les dió muerte.

Creyeron todos que el valiente pecho
Del feliz español se había librado
A propias fuerzas del dudoso estrecho
Con que de los que huyeron fue asaltado;
Y que el verlos venir dejó deshecho
El peligroso asalto comenzado,
Temiendo los franceses valedores
Los seis mal concertados saltadores.

Y él no contento del sutil engaño
Con que el riesgo salvó de su delito,
Y á cuenta puso del ageno daño
Del castigo á su culpa ancho distrito,
Un nuevo enredo de artificio extraño
Así por los presentes dejó escrito,
En dulce delirar, que al mas agudo
Deslumbrar su encubierto estilo pudo.

Ni tiene lo hecho por bastante hazaña,
Si á todos no los roba y desbalija,
Y aquel fiero escuadron contrario á España
De armas su astucia y de altivez no alija:
Y así después que en cautelosa maña
Licencia para hablar pidió prolija,
Desta suerte empezó, y con este enredo,
El gusto les ganó, y les perdió el miedo.

«Ya que el rigor de la enemiga estrella,
Que tras sí lleva el curso de mi vida,
Y haciendo de desgracias prueba en ella,
La trae de un riesgo en otro divertida,
Si á pesar suyo el tiempo quiere hacella

A sus mortales golpes no vencida,
Y á la esperanza aun en tan largos casos
Lugar le queda donde dar mas pasos;

No es justo que reserve prueba alguna,
Ni humana diligencia que no intente,
Si punto no hay de tan menguante luna
Que algun dia no halle su creciente:
Sabré cual puede ser en la fortuna
De los suyos el don mas escelente,
O si es acaso de imposibles hecha,
Como el rigor desta cadena estrecha.

Del rey Hércules libio, que en España
De tres cuerpos sacó un tirano aliento,
Y de tres cuellos la cabeza estraña
Al rojo suelo dió un golpe sangriento,
Mi linaje descende...» Así en maraña
Fingida entrada abrió á un prolijo cuento
El sutil catalán; pero yo al brio
Del bravo Ferraguto vuelvo el mio.

A toda rienda por un verde llano
De un caballero dije que huía
Un bulto en la belleza soberano,
Y en rostro un rayo del pintor del dia:
Cuando á su amparo levantó la mano
El bravo aragonés, y al que venía
Ya ejecutando el golpe, el suyo al vuelo
Le echó arrogancia y vida por el suelo.

Volvió la dama y viendo sin cabeza
El furor que la suya amenazaba,
Del suceso admirada y la braveza,
Que muerta aun no menor espanto daba,
«Oh invicto brazo! dijo, ¡oh fortaleza
Heróica! el cielo guarda alma tan brava
Contra injuntos agravios, en quien fio
Ver por tal mano reparado el mio.

«Socorre, ó ilustre resplandor de Marte,
En un dudoso trance mi alegría,
Antes que sean mis desdichas parte
A dar la muerte al que es la vida mia!
No lejos deste bosque, por la parte
Que este florido monte se desvia
A darle paso á un río que yo pienso,
Que á Ebro corre á pagar tributo y censo,

Una soberbia puente ambos costados
Con dos torres altísimas le cierra,
Y estas llenas de bárbaros soldados
El comercio han quitado de la tierra:
Aquí á los que de paz van descuidados
Prenden sin fe, y á los que van de guerra
Con ardides la hacen tan villanos,
Que ninguno se escapa de sus manos.

Allí el bien, que me deja aquí perdida,
Preso, ó sin alma está, que es lo mas cierto;
Acude pues, señor, á dar la vida,
O sepultura honrada á un hombre muerto:
De paso te diré de mi venida,
Y de mis desventuras lo encubierto,
Quién soy, con quién y adonde hacia jornada,
Que quien como yo está no encubre nada.»

Dijo, y el moro hácia la parte guía
Que antes salió huyendo la doncella;
Quién fuese preguntando, y por qué huía
Y el feroz caballero iba tras ella,
Cómo con tal denuesto la seguía,
Si era para matalla, ó por prendella;
A quien la dama en desmayado aliento
Así empezó de su tragedia el cuento.

«Del valiente Dedran, que un tiempo quiso
Ser absoluto emperador de España,
Y lo fuera si á su ánimo y aviso
No se mostrara la fortuna estraña
Nieta soy, y heredera del preciso
Hado que á él engañó, y á mí me engaña,
A pesar que del tiempo el movimiento
A una alma puede dar bienes de asiento.

Hija de Dorisean, y una cristiana
Noble, de los tributos de Galicia,
En Córdoba nació, y con pompa vana
Nágera me crió por su patricia;
Donde en destierro honrado, y suerte ufana,
Del rey Albucazar dió la avaricia
A mi agraviado padre esa frontera,
Donde él viviendo su grandeza muera.

Aliatan dió después el reino de Oca
A Zumail, un ambicioso viejo,
Que en hambre de oro, y en prudencia poca,
Cuanto halla tomará, sino es consejo:
Este embriagado de avaricia loca,
En los montes prendió de Castrovejo
Dos tiernas niñas, huérfanas, doncellas,
Mas que el sol limpias, y que el alba bellas.

La culpa era dejar su ley paterna
Con que el rey su avaricia disfrazaba,
Y el ciego ardor de la codicia interna
Con que el infame corazón cebaba:
Nunilo la mayor, y la mas tierna,
La honesta y bella Alodia se llamaba,
Cristianas, aunque ricas, y el tirano,
De alma avarienta, y corazón villano.

Vendía el rigor por celo de su seta,
Y de impedir la Religión Cristiana,
Aunque era en lo interior hambre indiscreta
Del patrimonio de una y otra hermana;
Y por hacer la causa mas secreta,
Y la injusta prision menos liviana,
Con impedir del dulce trato el uso
En diferentes cárceles las puso.

La niña Alodia, compañía dichosa,
Fue en depósito honesto de la mia,
De las hieldades dos la mas preciosa,
Peche inculpable, rostro de alegría:
Era en prudencia y alma generosa,
Y tan afable trato, que solía
Dejarme con él llena el alma ufana
De un ardiente afición de ser cristiana.

Si tal vez la aceché por verla sola,
En ferviente atención orar la vía,
Y que de alegre luz divina una ola
De cuando en cuando el rostro le embestia;
Y en soberanos lustres la arrebolaba
El rosicler de gloria que salía
De un Dios, que puesto en cruz traía consigo,
Por inviolable esposo y dulce amigo.

No es de mi edad juzgar cual sea mas justa,
La ley cristiana, ó la del pueblo moro,
Y en casos de opinion cualquiera gusta
Vestir la suya de un hablar sonoro:
Mas ahora sea justa, ó sea injusta,
Yo en la árabe nació, y en esa adoro;
Y aunque su Alcorán creo, creo y juro
Que si Mahoma es Dios, es Dios oscuro.

No hace milagros como habernos visto,
Que en favor de su ley, y quien la sigue,
El nombre hacen y la cruz de Cristo,
Cuando en mas sangre el mundo los persigue:
Ni hallo yo en la mia aquel bien quisto
Modo de proceder que se consigue
De la cristiana, cuando sus sugetos
A sus reglas se ajustan y preceptos.

Hace hombres concertados y compuestos,
Mansos, sufridos, blandos, conversables,
Llenos de fe y de amor, castos, modestos,
Gratos, humanos, dóciles, afables,
Del todo humildes, sin cautela, honestos,
Medidos, comedidos, y así estables,
Y puestos en razon, cuenta y justicia,
Que no halla que tacharles la malicia.

Nuestro Alcorán si como dicen vino
Del cielo, escrito fue por otra mano,
No es tan llano y tan claro su camino,

Ni tan fundado en el discurso humano:
 Tiene de cruel su parte, y de sanguino,
 Y no poco de bárbaro y tirano,
 Pues con la espada y con las armas quiere,
 Que aquel sea en él mejor que mas pudiere.»
 Rióse el feroz moro á las razones
 Con que la dama su Alcorán condena,
 Que como hombre sin ley, ni cree opiniones,
 Ni que hay para unos gloria y otros pena:
 Tiene nuestros milagros por ficciones,
 Su secta ni por mala ni por buena,
 Solo por Dios á su ánimo invencible,
 Y por de burla á todo lo invisible.
 No le replicó nada, ella siguiendo
 Por su camino y su discurso, dijo:
 «Presa la bella Alodia, un monstruo horrendo
 El avariento rey tenia por hijo,
 Con quien nació en el mundo, y fue creciendo
 Un arrogante espíritu prolijo,
 Que siempre, ó por la cara, ó las costumbres,
 Del padre saca el hijo las vislumbres.
 Este fue todo estampa de su padre,
 Fantástico, avariento, y disoluto,
 Sin que noble amistad le asiente y cuadre,
 Falso, libre, mordaz, doblado, astuto,
 De parto incierto, y fermentada madre,
 Y al fin de tales árboles tal fruto,
 Llamado Harpalí, ó sucia harpía
 Que todo lo manchaba y confundía.
 Este de la honestísima doncella
 Alodia, y de su rostro soberano,
 Un torpe y necio amor concibió en vella,
 Con loca presuncion y ánimo insano:
 Creyó que era tan fácil como bella,
 Y él por soberbio hijo de un tirano
 Bueno para querido, y fue simpleza,
 Que amor ni estriba en sangre ni en nobleza.
 No dió por sus ofertas y servicios
 Escarnios ni desdenes la cristiana,
 Ni de oracion mudó ni de ejercicios,
 Ni se le mostró tierna ni tirana;
 Ni el ver los reyes á su amor propicios
 Altiava la hizo, ni volvió lozana;
 Ni triste el riesgo, y verse en casa ajena,
 Que nada en quien no hay culpa causa pena.
 A los principios en su afable trato
 Todo Harpalí creyó que estaba hecho,
 Y que el ser rey le prometia barato
 Aquel como otros gustos habia hecho:
 Mas cuando llegó á ver con mas recato
 La entereza y valor del casto pecho
 De una tierna beldad, que en ser constante,
 No era niña y mujer, sino gigante,
 Quedó asombrado, y al negarle el gusto,
 Con el desden creció la llaga fiera,
 Y viendo á mayor fuerza mas robusto,
 El pecho que antes parecia de cera,
 Nueva sentencia dió en el suyo injusto,
 Que ame por fuerza, ó que por fuerza muera:
 Mas buscar al amor por esa pinta,
 Es blanquear el ébano con tinta.
 No está mas firme á los combates fieros
 Del cierzo helado la montaña de Oca,
 Cuando peñascos y árboles enteros
 Su soplo vuela, y su rigor apoca;
 Ni en sus cumbres y cerros altaneros
 Antigua encina, ó carcomida roca,
 Que así entera se libre, y se defiende
 De un torbellino, y su áspera contienda;
 Como la casta niña á las blanduras
 Y amenazas del bárbaro enemigo,
 Sin que de hierro las prisiones duras,
 Ni del tierno regalo el trato amigo,
 Hiciese mella en las entrañas puras,
 Ni en ellas otro amor hallase abrigo,

Que el de su honestidad, y del precioso
 Retrato vivo de su muerto esposo.
 Viendo el tirano Harpalí vencido
 Su pensamiento y trazas de una niña,
 Y que en deseos y ansias consumido,
 Ni un soplo de esperanza se le aliña;
 Ya de amante en contrario convertido
 Robarla quiere, y que esto la constriña,
 Con gusto accedo, ó voluntad sabrosa,
 A serle, ó torpe amiga, ó dulce esposa.
 Por un muro almenado que ceñia
 De un florido jardin el fértil suelo,
 Y parte de una cuadra en que dormia
 Yo con la hermosa Alodia sin recelo,
 A Harpalí le pareció se abria
 Paso á sus gustos, puertas á su cielo,
 Y que era fácil por allí la entrada,
 Para haberla á sus manos descuidada.
 Ya el sacrilego amante, confiado
 De saquear el cielo, entretenia
 Su torpe gusto en ver del sol dorado
 El carró de oro en que camina el dia;
 Y en aguardar su ausencia desvelado
 Las horas cuenta, y de la noche fria
 El manto pide por agüero y luto
 De su fin triste, ó pensamiento bruto.
 Llegó la noche oscura, aunque serena,
 De broches de oro y pedrería sembrada,
 Y al medio curso de tormentas llena,
 De agua, rayos, y truenos asombrada:
 Braman los vientos, la arboleda suena
 Con ruido mas que de aire alborotada,
 Creció la obscuridad, y el negro velo
 De la sombra escondió en su luto el cielo.
 De ásperos vientos la baraja oscura
 Con sordos ecos de furor bramaba,
 Y del cercano monte la espesura
 Roncos gemidos por las peñas daba:
 Del frio polo sin luz la ciega altura
 En temerosos truenos resonaba,
 Que el cielo al parecer se defendia
 Del moro que robarlo pretendia.
 Despertóme el rumor, corrí medrosa
 A ver mi amiga, y á valerme della:
 Halléla en oracion, la cuadra hermosa,
 Llena de luz, y un ángel bello en ella:
 Una luciente espada en la briosa
 Armada mano en son de defendella,
 Con un grabado peto en que el tesoro
 De ricas piedras daba precio al oro.
 De argentados coturnos ambas plantas
 Ceñidas, y la suelta vestidura
 Al estrellado cielo en luces santas
 Vencia, y á la nieve en la blancura:
 Pomposas alas con vislumbres tantas,
 Que ante ellas la del sol quedára oscura,
 Diciéndole en acento soberano,
 «Ya, virgen, estás libre del tirano.»
 Cerróme los sentidos el espanto,
 Indignos de gozar la luz del cielo,
 Con la presencia y el lenguaje santo
 Del ángel, de su espada, y de su vuelo:
 Quedéme desmayada hasta tanto
 Que el nuevo dia despertó en el suelo,
 Y yo de mis temores y fatiga
 En el dulce regazo de mi amiga.
 Alegre en verla de placer lloraba,
 Que al ángel que antes vi se parecia,
 Y aunque en grave respeto la trataba,
 Amorosas caricias le decia:
 Ella que por ventura cierta estaba,
 Que aquel habia de ser el postrer dia
 De gozarnos en tierno regocijo,
 Así mezclando lágrimas me dijo:
 «Ya es tiempo, ó dulce Argina, de pedirte

Que cual reina me cumplas la promesa
 De ser cristiana, y nunca arrepentirte
 De profesar lo que mi ley profesa:
 Yo iré presto delante á prevenirte
 En el cielo corona de princesa,
 Que en premio del amor que me has tenido,
 Así me lo ha mi esposo concedido.
 A grandes golpes de dolor se labra
 El óctro y la diadema para el cielo,
 No ha de ser solo, amiga, de palabra
 El darle á Dios lo que le debe el suelo:
 Sus puertas ese tierno pecho le abra,
 Porque la halle al alma su consuelo,
 Y sin hacer de otros contentos caso,
 Por todos hasta allá pase de paso.
 Bien sé que los espantos de la muerte
 En varios riesgos te traerán metida,
 Que tal es siempre y fue la humana suerte
 Servir acibar al que á miel convida;

Y como si el morir fuese mas suerte
 Que el padecer viviendo en esta vida,
 Quiere en adversa ó próspera fortuna
 Mascar mil muertes mas que tragar una.
 Tu serás desto ejemplo, amada Argina,
 Que gran discurso por pasar te queda,
 Mas todo en tí á dichoso fin camina,
 Y así el cielo lo ordena que suceda:
 Lo que ahora el amor que á tí me inclina
 Con mas ansia me pide, es que yo pueda
 Llevar de tí esta prenda y fe dichosa,
 Que has de ser de mi amado esposo esposa.
 Y que, pues nuestras almas ya son una,
 Es bien que tambien tengan solo un dueño,
 Un bautismo, una fe, una ley, y á una,
 Ambas á un Dios la demos en empeño:
 Que cuanto alumbra el sol y ve la luna,
 Sin este solo bien es sombra y sueño,
 Y yo en tenerte amor eterno y puro,



«Eternos bienes para tí procuro.»
 Así mi amada Alodia me pedia
 La fe que así le di, y he mal cumplido,
 Cuando del pueblo que en furor se ardia
 En mi casa cundiendo fue el ruido:
 Llanto, alboroto, estruendo y vocería

En confuso era y bárbaro gemido;
 Sobresaltéme yo, y con regocijo
 Ella se sonrió, y llorando dijo:
 «Aquí, oh querida Argina, la corona
 De un reino eterno ofrecen á tu hermana,
 Este confuso grito la pregonan,

Vamos por ella en pompa soberana :
 Tendrás tuya en la corte una persona
 Que prive con el rey, y te haga ufana,
 Y en cuanto le pidieres por mil modos
 Bienes sin fin te los alcance todos.
 No entendí su razon, quedé atajada
 Viendo crecer el sonoro estruendo,
 Y que la casa en armas ocupada
 Se iba en ciego alboroto confundiendo :
 Cuando de la ocasion certificada
 Pasmada me dejó el suceso horrendo,
 Estraño caso, puesto por testigo
 De un ofendido cielo en su castigo.
 De un moral arrimado al fuerte muro,
 Adorno y sombra del florido huerto,
 Con que Harpali bajar pensó seguro
 Al malogrado fin de su concierto;
 Colgado le dejó en el aire oscuro
 Un ángel á los ojos descubierta
 De los que iban con él, y el mas osado,
 Huyó despues que le lloró ahorcado.
 Era la única prenda del tirano,
 Corta y frágil columna á su esperanza,
 Cayó por tierra, y su soberbia mano
 Al mundo asolar quiso en su venganza :
 Tuvo sospecha de Aliatan mi hermano,
 Que en contiendas de amor y de privanza
 Traian pasion por ciertas moras bellas,
 Que donde hay zelos todas son querellas.
 Menos que esta ocasion fue necesaria,
 Con la desgracia del dolor presente,
 A la ciega arrogancia temeraria
 Del ofendido bárbaro insolente :
 Era en todo mi casa real confraria
 A la suya de humilde suelo y gente ;
 Esto solo bastó, que un bien nacido
 Siempre es del que no es tal aborrecido.
 Mi anciano padre al defender su casa
 Por el furor tiránico fue muerto,
 Y tras él vueltas en ceniza y brasa
 Sus altas torres y el lugar desierto :
 Mi hermano viendo la crueldad que pasa
 Por senda oculta se salvó encubierto ;
 Yo quedé presa, Alodia sentenciada
 A ser por su limpieza degollada.
 Trajeron á la cárcel á Nunilo,
 Y al verse y despedirse ambas hermanas,
 Gruesas perlas regaron hilo á hilo,
 De un celestial jardin rosas tempranas :
 La mayor con honesto y grave estilo,
 Dulce afecto y palabras cortesanias,
 Mientras el cruel verdugo se apercibe,
 Esto en el alma de su Alodia escribe :
 « Ya la dichosa suerte concedida
 De aquel rey soberano por quien mueres
 A eterna palma y triunfo te convida,
 Reina serás si esta corona adquieres :
 Mira, tierno regalo de mi vida,
 Que soio hagas lo que hacer me vieres,
 Que aunque primero por tu ejemplo muera,
 No llegarás al premio la postrera.
 ¿ Quién no conoce de la humana suerte,
 Que al fin por bien que de morir rehuya,
 Le ha de alcanzar del tiempo el golpe fuerte,
 Que los regates y el huir concluya ?
 Si ningun vivo se libró de muerte,
 Loco es quien piensa rescatar la suya ;
 Y mas si por la carga desabrada
 De un vivir breve pierde inmortal vida. »
 Así dijo, y el rostro soberano
 Revestido de gloria parecia,
 Que ya desnudo de aquel lazo humano
 Nueva deidad y luz en él vivia :
 Las madejas del oro, que el liviano
 Aire en el cuello de marfil bullia,

Por la cabeza se enlazó gallarda,
 Y el fiero golpe del alfanje aguarda.
 Llevó su filo á cercen la cabeza,
 Cayó el hermoso cuerpo destroncado,
 Que su hermana compone y adereza
 Con rostro alegre y pecho reportado :
 Y con igual sosiego y entereza
 Que si fuera á un banquete regalado.
 Sin que la muerte ni su error la esquivé,
 Para el segundo golpe se apercibe.
 Habíase á su hermana descubierta
 El blanco pié con la mortal congaja,
 No quedando compuestas ni en concierto
 Las limpias faldas por la sangre roja :
 La tierna niña, que hasta el cuerpo muerto
 Quiere guardar honesto, alegre alfoja
 Una colonia azul, en que trenzaba
 El mas fino oro que el Hidaspes lava.
 Con ella recogió sus vestiduras,
 Y á su compuesta honestidad previno,
 Sirviéndole las tiernas ligaduras
 De fuertes grillos á su amor divino ;
 Y con palabras que la piedras duras
 Blandas volvieran, el rostro cristalino
 Al cielo vuelto, mientras prevenia
 El tierno cuello al golpe, así decia :
 « Alma dichosa, que del casto velo
 Ya libre y suelta del amor llevada
 En triunfal carro hasta el empireo cielo
 De victoriosas palmas vas cercada,
 Suspende entre esos globos de oro el vuelo,
 O de mis tiernos años prenda amada,
 Que si un golpe te dió diverso mundo,
 Un cielo juntas nos dará el segundo,
 Y el hierro que las dos dividir pudo,
 Podrá con mejor título juntarnos
 Cortando el mortal hilo, mas no el nudo
 Con que el divino amor supo enlazarnos :
 Y á tí, precioso alfanje, cuyo agudo
 Corte en la terna para no apartarnos
 Juntas nos ha de dar diadema santa,
 Aquí humilde te espera mi garganta. »
 Dijo, y al punto de rodillas puesta
 Sobre el difunto cuerpo de su hermana,
 Que allí sirvió de altar, y ahora compuesta
 Al sacrificio y víctima temprana,
 El filo agudo de la espada presta
 Segó el cuello, y el alma soberana
 En un resplandeciente y claro vuelo
 A vista de mil ojos subió al cielo.
 Quedaron en la tierra desangrados
 Los cuerpos, de un precioso olor divino
 Y nueva luz de gloria acompañados,
 Que de la suya descubrió el camino :
 De corruptible daño preservados,
 A pesar del tirano desatino,
 Que por mil modos ya pretendió en vano
 El honor usurparles soberano.
 Mas mientras con malicia infiel pretende
 Destruirles su opinion, manchar su fama,
 Con mayor gloria y resplandor se estiende
 La misma luz que su crueldad infama :
 Y en la cristiana devocion se enciende
 Mayor aliento y fervorosa llama,
 Que siempre la verdad tiene su fuerza,
 Por mas que envidia con pasion la tuerza.
 Yo en la cárcel quedé esperando el dia
 En que otro golpe hiciese en mí el tirano,
 Mas faltóle esta culpa por la mia,
 Que fuera tras de aquel el mio liviano :
 Un moro cordobés al rey servia,
 Mancebo ilustre, de Daraja hermano
 Esposa de Harpali, y sobrina mia,
 Aunque él deudo ninguno no tenia.
 Este con nombre y pretension de esposo

En noble trato y voz me regalaba,
 Y yo por su valor y ánimo honroso
 De amor honesto y sin doblez le amaba :
 Este sintió que el pecho riguroso
 Algo del rey tirano se ablandaba,
 Que el tiempo con mudanzas y ocasiones
 Los toros doma, y vence los leones.
 Dió en escuchar mi causa con blandura,
 Y de la cárcel me llevó á palacio,
 De un torpe amor ardiendo en llama oscura,
 De su imprudente pecho el gusto lácio :
 Ya en libertad me vi menos segura,
 Y mi muerte venir menos de espacio,
 Si mi amado Auchali no me acudiera,
 O el casto cuerpo ó su opinion muriera.
 Mas viendo el riesgo y la prision remisa
 Trazó conmigo de sacarme della,
 Con firme pacto y condicion precisa
 De ser su esposa, y de seguir su huella :
 Aceptéle el partido, y con divisa
 Trocada, por huir mejor con ella,
 Por fuera de camino nos libramos,
 Hasta que á Soria y Agreda llegamos.
 Seguimos para Córdoba el camino
 Del amor de la patria acariciados,
 Mas de la tierra nueva el poco tino
 En varios riesgos nos dejó entrampados ;
 Y al pasar este arroyo cristalino,
 De una escuadra de gente infiel cercados,
 Que á nuestro gran descuido de repente,
 El muro vomitó de una ancha puente.
 Allí á mi dulce esposo entre el malvado
 Escuadron le vi dar mil golpes fieros,
 De allí escapé del brazo acelerado,
 Que ya vió en mi garganta sus aceros :
 ¡ Ay cielos, que allí en sangre está bañado !
 Antes que muera, ¡ oh flor de caballeros !
 Acudí á socorrer el mas honesto
 Pecho, que el mundo en tal estrecho ha puesto. »
 Así la hermosa Argina, el grave cuento
 Siguiendo de su vida, vió á su esposo
 Roto el escudo, el fino arnés sangriento,
 Y en el herir el brazo perezoso :
 Haciendo él brio de su honrado aliento,
 El término fatal mas presuroso
 Que el morir sin socorro era sin duda,
 Mas donde el cielo acude todo ayuda.
 El tratar con los buenos puede tanto,
 Que al malo suele convertir en bueno,
 Y la conversacion de un pecho santo
 Sacar triaca de lo que es veneno :
 Neron con su crueldad nos pone espanto,
 Animo un César de clemencias lleno,
 Eneas piedad, maldad Sardanapalo,
 Que el bueno es bueno en todo, y malo el malo.
 Las tiernas niñas que el empireo cielo
 Gloriosas pisan con doradas plantas,
 Y ya desnudas del humano velo
 De toison de oro ciñen las gargantas,
 Vueltos los ojos al ingrato suelo,
 De quien triunfaron con victorias santas,
 Viendo entre tantos riesgos y fatiga
 Por un vano temor su amada amiga ;
 Con santa intercesion hecha á su esposo
 De las cosas trocaron gusto y fuero,
 Que tras el apetito deleitoso
 Iban en riesgo á un gran despenadero ;
 Esto la trajo al paso peligroso,
 Esto tambien le descubrió el guerrero,
 Que en favor de Auchali partió arrogante,
 Por dar favor al uno y otro amante.
 El cordobés en peligrosa guerra,
 Y en gallardo ademán se combatia
 Con la vil tropa de la infausta tierra,
 Que junta sin por qué le acometia.

Y el vivo aliento que su pecho encierra
 Así el honor herido le encendia,
 Que en la desigualdad que se hallaba
 En mas que defenderse trabajaba.
 Bien que á faltar la venturosa suerte
 Del brazo heróico que á valerle vino,
 A hacerle compeliere el pecho fuerte
 El término forzoso mas vecino,
 Y vencedor, la vencedora muerte
 A todos por igual diera un camino,
 Que el alentado ardor que en él se via
 La honra mas no la vida guarecia.
 De diez valientes moros asaltado,
 Los seis peleando, los demás sin vida,
 Roto el arnés, el cuerpo destrozado,
 La sangre y no la estimacion perdida :
 Llegó el aragonés, y el brazo alzado
 « Afuera, dijo, gente mal nacida,
 Que los que intentan tales desafueros
 No son hijos de padres caballeros. »
 Tres de los que en favor de su contrario
 Entrar le vieron con tan vivo aliento,
 En confuso tropel y encuentro vario
 Por tres partes contra él rompen el viento ;
 Y del encuentro el golpe temerario,
 De tres lanzas las dos rompe violento
 Una en el firme escudo, otra en la frente,
 Saliendo la tercera impertinente.
 Cual parda encina de trofeos cargada,
 Al blando soplo de un delgado viento
 Las hojas tiemblan, y ella en encrespada
 Pompa se eriza al fresco movimiento,
 Así el moro quedó, si bien su espada,
 De tres al uno, en un revés violento,
 Un brazo le dejó y un hombro menos,
 Y de nuevo aire los pulmones llenos.
 Los dos que sobran vuelven, y al caido
 Furiosos quieren dar justa venganza,
 Y en desiguales golpes y ruido,
 Uno al escudo y otro al yelmo alcanza :
 Parece del arnés que trae vestido,
 Que es Ferragut el yunque sin mudanza,
 Y ellos los que al batir de sus visarmas,
 Sobre él le forjan á porfia las armas.
 Así el uno y el otro le golpea,
 Y él queda sin mudarse un lance aguarda,
 Y como, aunque le hieren, pi voltea
 Su espada, ni á las suyas se resguarda,
 Da ocasion que cualquiera dellos crea
 Que está herido de muerte, ó que acobarda,
 Hasta que al golpe de un revés estraño
 Con el castigo vino el desengaño.
 Del dulce filo al rebanar ligero
 A Glauro le llevó brazo y cabeza,
 Glauro sin gravedad moro embustero,
 Que las canas se tiñe y adereza,
 Y no parando allí el sabroso acero,
 Dos hizo á Caligante de una pieza,
 Que seis mujeres enterró en Porcuna,
 Sin llorar ni enlutarse por ninguna.
 Y sin hacer de aquellas muertes caso
 Al puesto de Auchali corre ligero,
 Cuando un grueso jayan le atajó el paso,
 Armado sin primor de hojas de acero ;
 Bajaba de la puente al campo raso,
 Al brutal gusto del combate fiero,
 Y viendo los tres golpes del pagano,
 Él quiso hacer el cuarto de su mano.
 Sin recelar su espada, ni ser vista
 Del encantado hijo de Lanfusa,
 Por cima la dorada sobre vista,
 La vista el golpe le dejó confusa :
 Cayó en el suelo sin aliento y vista,
 Ningun libre sentido alcanza ni usa,
 Que un traidor cuando acierta á ser valiente,